

Compromiso e inteligencia estética en la obra de Josep Maria Cabané

En los últimos años, Josep Maria Cabané ha dedicado su práctica pictórica, complementada con trabajos de instalación, a los casos más extremos de la barbarie humana. A partir, sobre todo, de sus investigaciones sobre la industrialización científica de la muerte, que llegó a su máxima expresión durante el nazismo, Cabané se ha esforzado, más que por aportar una visión nueva de los hechos, a dirigirse a aspectos como la violencia, el sufrimiento y el olvido mediante la superficie del cuadro. Efectivamente, su contribución a la cuestión de la representación de la muerte sistematizada se ha basado en la voluntad de pensar la tragedia y la destrucción utilizando el lenguaje de la pintura. Son pinturas, no ensayos o proclamas, y son pinturas inteligentes. Los resultados son conmovedores, y de una belleza que, por contraste, hacen incluso más agudos y dolorosos los horrores a los que remiten. La tarea que ha asumido Cabané no puede considerarse fácil. No es cuestión únicamente de superar las dificultades de tipo ético en el momento de hacer coincidir el arte con hechos trágicos (la ética requiere no expresarse de modo frívolo o vulgar junto a una tumba, por ejemplo). Las reticencias sobre la poetización del horror que se han articulado tras la Segunda Guerra Mundial todavía marcan nuestro camino, en parte por la dificultad de estar a la altura de los hechos al querer reflejarlos (la estética requiere ser un buen artista ante hechos que lo merezcan, una exigencia sencilla, algo absurda por obvia, pero necesaria). Pero la ética tiene otra cara, puesto que también exige dar voz y visibilidad a los olvidados para resistir a la desmemoria y luchar contra la perversión ideológica desde el terreno de la representación. J. M. Cabané cruza este terreno pantanoso con destreza y seguridad. Sin pensar en términos heroicos, valoro su ambición, su osadía como creador y su insistencia por tratar desde la realidad creativa temas que la mayoría de autores preferirían evitar. Es interesante observar cómo Cabané, en la gran cantidad de obras que ha producido desde su visita a Mauthausen hace ahora cuatro años, tensa la cuerda entre retratar una cara concreta -su trayectoria artística tiene importantes raíces en el retrato- y visualizar el sufrimiento desde la distancia, un procedimiento no menos adecuado. Hay un sentido netamente pictórico que puede derivarse de esta cartografía a vista de pájaro, puesto que nos recuerda el sentido de la realidad bidimensional de la tela. Pintura o mapa, tela o guía cartográfica. Los campos y los guetos (que son, esencialmente, campos de concentración urbanos que prefiguran la muerte) emergen como emblemas monocromáticos, como obras tonalmente diferenciadas que nos ayudan a distinguir entre el que está dentro y el que está fuera, el que está cercado y el que es libre, entre “nosotros” y “ellos”, entre los que han sido designados para morir y los que no. La serie sobre el gueto de Varsovia, contornos de un mapa que repite con insistencia, como un recuerdo resistente, junto con las nuevas series de pinturas casi “suprematistas” (un término muy adecuado) que representan los límites cartográficos de otros guetos creados por los nazis, destacan por su impacto visual, por el contraste casi abstracto entre tono y forma, y por la intrigante paradoja que establecen entre la mirada lejana y el horror al que remiten. Una obra, como ya he dicho, de un mérito extraordinario, ciertamente uno de los trabajos más destacados que he conocido en los

últimos años. El arte de J.M. Cabané es un referente necesario en la práctica pictórica de nuestros días y una lección imprescindible sobre el compromiso del artista contemporáneo ante las tragedias infligidas por los humanos contra otros humanos y que han dejado una impronta indeleble en nuestro tiempo.

Jeffrey Swartz, 2009